

XXX

Pablo Ricardo Silva-Guadarrama

A Bárbara Guerrero

Cuando era niña, dibujaba, en los tabiques de la azotea, cómo creía que eran los cuerpos desnudos de hermosos hombres y mujeres exuberantes que recordaba haber visto en los puestos de revistas. Sentía un placer al crear cada trazo, un calor en el pecho e insomnios constantes. No me daba cuenta de los ojos inocentes y culpables de una incipiente crítica a mi trabajo. Pertenecían a un sabio ermitaño, el vecino, alojado en un cuarto con techo de lámina, el cual llegaba a temperaturas tan calurosas que obligaban a su habitante a salir y buscar frescura en alguna sombra de aquella azotea contigua.

Un día se acercó a mí, se apoyó en la barda que separaba los límites de las propiedades y me dijo: «¿No oyes el clamor hermafrodita? Las mujeres marchan incesantemente por un sueño. Son unas bastardas sorprendidas por la realidad de un país al que se enfrentan por vez primera. Esta nueva generación sale a trabajar temprano y regresa tarde a su casa. No respetan las formas y los modales de sus padres. Deberían hacer cosas propias de su sexo: cocinar, limpiar, tener hijos y nada más, pues la vagina brinda un servicio al hombre y está supeditada a sus deseos, ¿acaso Dios hizo a la mujer capaz de obligar en algo al hombre? La hizo débil física y mentalmente. Ahora, ellas quieren ser hombres y tener

algo que no les corresponde, como si un día se les empezara a desarrollar un pene en lugar de su clítoris, se les cerrara su rajada y les crecieran un par de testículos, pero jamás pasará y comercian esa frustración entre nuevos derechos y obligaciones incomprensibles para ellas. Es lo mismo a ser un perro y ponerse un bigote falso, usar pantalones, llamarse Alfredo y estirar la mano frente a una carnicería a esperar la dádiva de un trozo de carne. Es ridículo.

«Yo trabajo dando clases en la Vocacional 1 y no crearás la gran cantidad de mujeres en mi clase. Dudo sobre si comprenden algo de lo dicho por mi boca. No sé si solo están ahí para distraer a los próximos ingenieros de este país, no sé si matricularlas significa quitarle la oportunidad a alguien con verdaderas posibilidades de aplicar ese conocimiento tan útil y necesario, pues los muchachos vienen de todos lados del país para realmente prepararse; para ellos el estudio no es un capricho. Yo te veo aquí y me preocupa tu curiosidad sobre la vida. Considero sano cada pensamiento fugaz en tu cabeza. Debo advertirte: si continúas dibujando esas perversiones, sangrarás por la vagina cada mes, se te inflamará el estómago y cada par de meses te saldrán bebés por la cola y será terriblemente doloroso. Te sugiero que ya no dibujes. Consejo de amigo».

Pensé en la santidad de aquel hombre por estar realmente preocupado en el alma de una completa extraña. Deseaba acercarme, besar su mano y esperar que un poco de su divinidad no me deparara el terrible sino augurado por este perfecto oráculo. Amé y temí sus palabras. Tenía muchas dudas, decidí hacerme su amiga, pues su discurso no fue muy detallado; le agradecí su gesto, comenté la necesidad de verlo al siguiente día. El santo hizo un gesto y aceptó verme.

Al día siguiente, peregriné por las extensas escaleras metálicas, tuve dolorosas heridas creadas por los belfos oxidados asomados en las esquinas de cada vuelta, una lucha a muerte con el gato negro enloquecido por una alopecia dada por la sarna, el escape infinito de la obesa mirada de la espía del primer piso, antigua maestra de primaria, y el cuestionamiento de una esfinge imaginaria para permitirme ingresar al recinto, la cual me preguntó: «¿cómo se le dice al hombre que es esposo, hermano y padre al mismo tiempo?». Yo respondí: «Jesucristo». El vecino respondió: «Me llamo Isaac. Tú te llamas Ana, ¿cierto?». La conversación con mi vecino fue amable y llena de frases comunes. Yo esperaba al pitoniso para sentir ese ahorcamiento agonizante del mañana o el aplastamiento de mi rostro por lo ineludible, pero no obtuve ese placer. Bajé las escaleras sin despedirme. A la mitad del recorrido, oí mi nombre y miré hacia la voz que me arrojaba un ladrillo rojo hacia mi cara.

Yo quería dibujar cuerpos en los ladrillos y él dibujo en el mío con uno. Eso me hizo reír muchas veces en el hospital. Sin ese gesto, habría tenido una gran decepción sobre la naturaleza del sexo opuesto, pues tanta vanidad y belleza no debe permitirse el lujo de no contar con espinas. Amé a ese primer hombre en mi vida.

Entendí a qué se refería la esfinge con su pregunta. Yo me equivoqué, la respuesta era Isaac: mi padre, mi esposo y mi hermano. Lo habría amado toda mi vida, pero me enteré sobre su huida inmediata después de hacerme daño. Creí en la transparencia de sus pensamientos, pero no sirven sin la transparencia de los actos. Me rompió el corazón. Juré vengarme del destino que construimos juntos y de esos planes maravillosos del hado.

Tía, espero eso te dé respuesta a por qué pinto toda clase de cuerpos en posiciones indecentes. Ya no le reces tanto a la virgen. No soy lesbiana, ni depravada, ni alguna de esas cosas que me dijiste la última vez que nos vimos. Es solo que no entiendo los motivos para no enfrentarse a nosotras de frente y con el pecho abierto.



Mapeo Femenino IV (2016), Tinta china: Ligia Campos
Prohibida su reproducción en obras derivadas.

PABLO RICARDO SILVA GUADARRAMA. Licenciado en Letras Hispánicas por la Universidad Autónoma Metropolitana (UAM-Iztapalapa), México; y Maestro en Apreciación y Creación Literaria por el Instituto de Estudios Universitarios (IEU) de Puebla, México.

Correo-e: publicacionesensitioweb@gmail.com

Recibido: 20 de diciembre de 2022

Aprobado: 18 de octubre de 2024



Invención Floral III (2024), Estampación floral y plumones: Ligia Campos
Prohibida su reproducción en obras derivadas.